

SANTO DOMINGO EN EL «DESIERTO» DEL LANGUEDOC

FRAY JOSÉ FERNÁNDEZ MORATIEL, O.P.
Escuela del Silencio

EL DESIERTO

Dice el beato Jordán de Sajonia que santo Domingo pasó unos nueve años (1206-1215) en el Languedoc, solo, en la brega de la predicación (cf. *Libellus*, 31).

Maduró intensamente en aquélla soledad. Todavía no se había fundado la Orden, para ello hubo que esperar a 1216.

Pasó nueve años solo, en la brega de la predicación, como un verdadero desierto. Desierto porque él estaba separado de su tierra, de su lengua, de sus costumbres, separado posiblemente de su estilo, de su pastoral, de sus certezas, separado de sus tradiciones. Y en aquel espacio pasó bastante soledad porque fueron unos años duros en los que, seguramente, no fue comprendida su palabra, su predicación.

Pero en esa soledad no estaba separado de sí mismo. Y esto llama la atención. Por eso pudo soportar aquellos años de aparente infecundidad. En la vida siempre hay oscilaciones: las horas de bendición a veces acaban en desventura y las horas de fracaso después traen éxito. Él lo pudo soportar porque nunca estuvo disociado de sí mismo. Esa separación de su patria, de su lengua, de sus tradiciones e, incluso, de sus costumbres pastorales, posiblemente desencadenó en él una toma de conciencia de sí mismo.

Hay que abandonar muchas cosas para encontrarse uno a sí mismo. La expresión de Jesús: abandona a tu padre, abandona a tu madre, abandona tu casa... (cf. Lc 14,26) se puede escuchar como una invitación para encontrarse con uno consigo mismo. Cuando ya no se apoya en nada de eso, es cuando, probablemente, con más fuerza, con más intensidad, uno encuentra la verdad que hay dentro de sí mismo.

Apoyarse en el exterior es como apoyarse en algo que es débil y con ninguna consistencia. Hay que decir que hay que ser casi «descastados» para encontrarnos con nosotros mismos.

Las horas aquellas de santo Domingo fueron de soledad y de desierto, pero, a la vez, encontró la presencia de Dios en su corazón. Vivía en un país extraño pero, como decía también el beato Jordán, él festejaba lo festivo de su corazón (cf. *Libellus*, 103). Domingo fue un hombre de un talante con cierto contento, alegre, como cuentan los testigos (cf. *Proceso de canonización. Actas de los testigos de Bolonia*, 22). Festejaba lo que había de festivo en su corazón.

El oasis

Prulla era la comunidad dominicana en la que él posiblemente soñaba. El que está en el desierto sueña con el oasis. La sequedad, la aridez, despiertan sueños de fecundidad, de paraísos. En el desierto se sueña con el agua, se tiene nostalgia del agua. Y el agua a su vez sueña con espigas, con trigos, con fecundidad. Todo en el fondo sueña con algo que está abierto a una nueva plenitud. Así que santo Domingo, en esas horas de desierto, vivió horas, digámoslo así, de profunda nostalgia, abierto a plenitudes insospechadas... como soñaba Abraham con una gran descendencia siendo su esposa Sara de vientre seco (cf. Gn 17,4-8; 22,1-18; Rm 4,18). Esas horas de cierta soledad fueron muy oportunas para que él se abriera a una nueva esperanza.

LA ORDEN QUE BROTA DEL SILENCIO INTERIOR

Se dice que hay en el ser humano diversas estaciones. Al igual que en la naturaleza, hay primavera, verano... En el ser humano hay diversas edades. Se puede hablar de la edad del oído, de la edad de la mirada, de la edad de la palabra, de la edad del tacto.

De alguna manera, para santo Domingo, la edad de la escucha fue también esta hora del Languedoc. La edad de la escucha, en un sentido biológico, puede ocupar los breves años de la primera edad. El niño nada más nacer, antes que nada, escucha. Aunque no mire, no observe y no hable, escucha. Es la edad de la escucha.

De alguna manera, la edad del Languedoc fue también la edad del silencio interior. Él escuchó aquel mundo. Y, así mismo, fue la edad de la mirada, porque pudo contemplar toda aquella sociedad, todo aquel mundo que estaba fraguándose. La Edad Media fue un mundo de cambio, de transformación. Santo Domingo, en su silencio interior, en su escucha, en su saber mirar, percibió las urgencias y las necesidades más fuertes de aquella

hora histórica. De ese modo, la edad del silencio –y, a la vez, la edad de la mirada, en esa manera de contemplar la existencia–, fue también una edad llena de fecundidad.

Después vino, propiamente, la edad de la palabra, cuando él estaba ya en acción. Y la Orden brotó varios años después.

Efectivamente, a medida que van pasando los años allí se juntan también unos hermanos, unos amigos interesados en la misma misión. Interesándose al lado suyo en la misma tarea: de ahí surge la edad de la palabra. De una palabra que es tan inmensamente cálida, tan inmensamente sonora, por así decir, porque va precedida de un largo período de silencio interior, de escucha.

De modo que esas horas de soledad de santo Domingo son de inmensa fecundidad para la Orden. Siendo la “Orden de la palabra”, va precedida de un tiempo de inmensa meditación.

Santo Domingo aparece ya en los años de Osma como un hombre que vive recogido, meditativo, silencioso. No salía prácticamente de las tapias del cabildo (cf. *Libellus*, 12). Y, sin embargo, esa misma capacidad de soledad, esa misma capacidad de escucha y de acogida, hacen que en ese mismo período escuche los latidos de aquel mundo: y gracias a esa escucha suya, surge la necesidad de una Orden que se dedique a la predicación.

Una palabra realmente muy distinta, porque es la palabra que brota del seno del silencio interior. Y por eso santo Domingo es el santo de la palabra en la Iglesia, porque antes ha sido el santo de una cierta soledad silenciosa. Ha sabido vivir años y años la soledad interior, no únicamente en el cabildo de Burgo de Osma, sino también en la tarea apostólica, lejos de su país. El Languedoc ha sido un verdadero desierto para la vida de santo Domingo.

No sería exagerado percibir a santo Domingo viviendo en el Languedoc la edad de su silencio interior, de su desierto: la edad de su escucha.

El encuentro con Dios

Como sabéis, uno de los dones del desierto es, precisamente, el abrirse a Dios como lo Absoluto, lo Único. En el desierto es donde Dios se vuelve lo Único para su pueblo. Porque no hay dónde apoyarse, no hay dónde reposar, no hay dónde confiar. Es la gran revelación del desierto, donde desaparecen

todas las certezas, todos los ídolos, todos los apoyos. Desaparecen todas las situaciones en las que uno podría confiar.

Donde no ya hay nada, donde no hay nadie donde apoyarse, es cuando el ser humano, en esa ausencia de ayudas y de apoyos, se abre a Dios.

Hay otros desiertos, los desiertos siempre están en la vida. Hay desiertos buscados por el hombre. Otros son desiertos provocados por el mismo hombre. No existe sólo el desierto de la vega seca. También existe, como en este caso de santo Domingo, el desierto que una sociedad crea en torno a una persona, marginándola, desinteresándose de ella. A veces, en cierto modo, Dios permite grandes desiertos en las vidas de las personas, pues ahí es donde después Él se va a revelar y se va a hacer presente.

Dios, en el desierto, se manifiesta de una manera esplendorosa, se manifiesta como lo único de la vida, como lo más importante, como el todo de nuestra existencia.

La consagración a Dios

Por otra parte, el desierto suele ser un lugar de paso. Probablemente ese periodo del Languedoc fue para santo Domingo tan importante, que en él consagró su vida decididamente y enteramente a Jesús. Dedicó enteramente la vida a Dios como lo Absoluto, lo Único, sin otros apoyos. Viviendo expuesto, indefenso, sin otras prestaciones que le llegaran desde el exterior.

El desierto suele ser un lugar de paso, no es punto de llegada. El desierto es el paso a la tierra de promisión, a la tierra prometida. El desierto es siempre el umbral, el paso a otra promesa y a otra verdad.

EL FERMENTO DE PRULLA

Y la fundación de la comunidad de monjas de Prulla, hacia finales de 1206 o principios de 1207, en medio del Languedoc, supuso realmente el paso a una nueva plenitud, a una nueva estancia de santo Domingo en aquellas tierras, con otra modalidad. Porque allí surge la Orden, es punto de partida. La Orden nace allí. Y, años más tarde, en 1217, de allí partirán los hermanos al mundo de la predicación. Así se llamaban nuestras casas: “casas de predicación”.

Donde la Orden fermentó, donde surgió, fue en ese espacio de Prulla.

Un don de Dios

Además, en el desierto nada es conquistado sino que todo es dado. Y, así, la Orden nace como un maravilloso don de Dios. No es una conquista, no es un logro, sino un don de Dios, un don de la Virgen...

Aparece en las leyendas primitivas que la Orden ha sido un don, no algo logrado por santo Domingo, sino que él recibió la Orden como un maravilloso regalo, un don de Dios. Y el don se recibe en las horas de una cierta insatisfacción o en las horas de una cierta soledad, de una cierta necesidad, en las horas –digámoslo así– de desierto.

Es la hora de la escucha. En la escucha todo se percibe, todo nos llega a los oídos. Santo Domingo era todo oídos en aquel país, era todo silencio en aquella hora. Hora de grandes cambios.

La Edad Media fue una época de fuertes mutaciones. Santo Domingo vivió esa hora de la escucha con tanta intensidad, con tanta pulcritud, con tanta delicadeza, que pudo abrirse camino, como una gracia de Dios, para crear una vida nueva.

El talante de la Orden, el estilo de la Orden, fue de una gran novedad en aquella época. Santo Domingo rompe con muchísimas cosas. Podríamos decir que es el hombre de la ruptura. Rompe con formas, tradiciones y costumbres y él mismo crea formas nuevas de vida religiosa. Crea unas estructuras nuevas para la convivencia fraterna. Es un hombre –en este sentido– que maravilla por su capacidad creadora, su capacidad de soledad, su capacidad de silencio. Va todo junto. La capacidad creadora surge de un corazón fundamentalmente silencioso, fundamentalmente sosegado. A la escucha de lo que el mundo necesita.

No es que santo Domingo recibiera la luz de fundar esta Orden nuestra después de haber estado en un monasterio, recogido, sino que surge la Orden en medio del silencio y de la escucha de la gente; en medio del silencio y de la escucha del fragor del mundo.

Lo inesperado

También el desierto es un lugar donde uno puede abrirse a lo que no espera. Abrirse a lo inesperado precisamente porque es un don de Dios, y éste siempre es inesperado.

Si fuera algo que uno se monta en la vida... pero no, en el desierto, en esa soledad, se está abierto a recibir lo que nunca se pensaba. Santo Domingo nunca pensó fundar la Orden hasta que en su silencio interior, en su soledad, en aquella situación histórica, le fue revelado, le fue ofrecido como un maravilloso obsequio de Dios a su corazón. Obsequio para la Iglesia.

Porque santo Domingo no vivió atado a sus cosas. Sólo recibe lo inesperado el que no vive atado a lo suyo. Si hubiera vivido atado a lo suyo no habría salido de Burgo de Osma. Pero santo Domingo es un hombre de rupturas, vive inmensas separaciones, no solo territoriales, sino de costumbres, de lenguas, de gente. Vive separaciones constantes y por eso santo Domingo es una suerte para nosotros, una fortuna para la Iglesia. Gracias a eso él se abrió a este don de Dios que es la Orden para la Iglesia.

El fruto de una transformación interior

Otro rasgo del desierto que aparece en la vida de santo Domingo es que, normalmente, el que vive en esa sequía, en esa esterilidad, en esa desventura en la que todo es desierto, no se preocupa tanto de progresar cuanto de transformarse por dentro. Probablemente esos años del Languedoc fueron una hora de maravillosa transformación interior para santo Domingo. Van muy en consonancia con esa condición del desierto bíblico donde se viven momentos de gran transformación interior.

Probablemente santo Domingo vivió en esos años la gran transformación de su corazón. Por eso, cuando él madura, es cuando la Orden se hace presente en su corazón para el mundo, para la Iglesia.

Los profetas sugieren que el desierto es el lugar de la nada, pero también el lugar del todo. Es el lugar del silencio y a la vez el lugar de la palabra, es el lugar de la nada y del todo. Cuando desaparecen los apoyos se hace presente Dios como la totalidad, como lo que globaliza, como lo que abraza toda nuestra existencia.

Por otra parte, en esas horas de soledad y silencio interior, el ser humano no tiene que buscar nada fuera, sino buscarlo todo dentro de sí mismo. Cuando el beato Jordán nos dice que santo Domingo quedó solo, da pie para advertir que dentro de su ritmo espiritual en ese tiempo en el Languedoc, al no tener nada que buscar fuera pues todo el mundo le había dejado en la soledad, cuando estaba solo en la brega de la predicación, cuando vive inmerso en el mundo de su interioridad, es cuando realmente experimenta

la presencia de Jesús. Ahí la presencia de Dios era inmensamente reveladora para él. En este sentido fue una inmensa gracia.

En este relato del beato Jordán uno no sabe qué admirar más en santo Domingo: si su heroicidad y fortaleza, o la riqueza de su interioridad.

Fueron años decisivos para su corazón. El que hace siempre lo que le agrada está ahogándose, pero el que vive contracorriente, el que vive horas dolorosas, vive en un clima que es como la rueda del afilador: siempre en una cierta tensión. Son horas en las que el temple va madurando la firmeza y el carácter.

Aparece el temple con mucha prestancia en santo Domingo. No es un ser ahogado, sino alguien con un gran temperamento. Sí, estaba lleno de dulzura y de bondad, pero eso mismo revela la grandeza de su temple. Puede ser inmensamente bondadoso con los demás el que por dentro se siente recompensado.

Santo Domingo pudo dedicarse enteramente a los frailes, como sugieren los testigos. Los confortaba y acompañaba porque él interiormente estaba inmensamente reconfortado. Reconfortado no de cualquier manera, sino después de una experiencia personal de soledad, una experiencia personal de escucha.

Si quieres conocer la Escuela del Silencio del P. Moratiel, pincha aquí:

http://www.dominicos.org/kit_upload/file/Espiritualidad/El-sistema-espiritual-de-la-Escuela-del-Silencio.pdf